

## VIDA DE CINGAR

[*La Trapesonda...*] el cuarto libro del esforçado cauallero Reynaldos de Montaluán, que trata de los grandes hechos del inuencible cauallero Baldo y las graciosas burlas de Cingar, sacado de las obras del Mago Palagrio en nuestro común castellano, impreso en Sevilla por Dominico de Robertis en 1542

[Basada en *Macaronicorum Poemata* del benedictino Teófilo Folengo (o Merlín Cocayo), 1517 reescritos en 1521]

### CAPÍTULO XIX

"Señor –dixo Cingar-, por cumplir vuestro mandado como de señor y complazeros como a verdadero amigo, os las contaré desde mi niñez, **no para que las aprovéys, sino para que las evitéys.**" A esto se allegaron todos a la redonda de Cingar, y él, con una boz grave y reposada, començó a contar su vida assi:

Bien sabéys, señores, quién era aquel nombrado Margute; pues éste uvo un hijo llamado Cincigo, el qual vino a Saona y allí casó con **una mesonera**, y nascí de entrambos yo. Y pusieronme nombre Cingar. Donde en los tiernos años **aprendí a leer**, y lo que más me agradaban eran las fábulas de los poetas. Donde una vez leyendo, oy que era bien ymitar los hechos de mis antepassados. Yo, rebolviendo mis antecessores, hallé al nombrado Margute, mi abuelo. Y comiéndole a imitar solamente en **el hurto**. Donde ymitava a los muchachos de Egipto, que sin pena cogían lo mal puesto. Assí, yo comencé a meterme por las casas de los más cercanos vezinos; entrando en sus corrales, contávalos sus aves, donde quitava las madres a los hijos y los fijos a las madres. Esto se uvo de saber. Andavan por prenderme. En fin, **salí de doze años de mi patria** ahuyentándome.

[1].Donde un día, **muerto de hambre**, fueme por una tierra de labor y hallé a unos boyeros debaxo de un alto pajar, metidos en él. Los quales me recibieron bien y yo les conté ciertas causas fingidas con que les hize entender que yva con unas cartas a cierto lu[fol. 27 v. a]gar cercano. Yo fue alvergado allí aquella noche. Donde después de aver cenado, dixéronme que me echasse encima de aquel pajar alto, do dormí toda la noche hasta que era ya bien de día et yva el sol ya muy alto; y como el sol dava en los ojos, desperté y paréme allí bien enterrado en aquella paja a mirar el campo. Sentí andar por abaxo a los boyeros. Yo, yéndome por el pajar pensando que estava muy rezió y que me sustentaría, salíme más afuera, y vide andar a ellos debaxo de la concavidad de la paja y que se sentavan y querían comer una gran parreña de leche. Yo me salía más para verlo mejor, quando ya la paja, no pudiéndome sufrir, cae muy ligeramente abaxo y yo nadando por ella, y di un grande golpe en el suelo. Donde tomo la paja a los tristes boyeros debaxo. Yo me levanté y comienço a huyr quan ligeramente puedo, mirando siempre hazia tras. Y vía mimo los boyeros sacavan las manos por entre la liviana paja.

[2].Assí anduve todo aquel dia. Allegué a un lugar llamado **Viterbo**, donde **estuve cinco años con un ciego que bien me proveya, pero yo no dexava mis mañas**. En fin, también fue allí sentido y convínome yr de allí huyendo por no ser preso.

[3].Assí anduve medio día un camino muy grande y áspero, y al fin allegué a una venta, donde pregunté si avía qué comer. Donde me respondió la huéspedea que no avía hasta que viniessen su marido; mas que pan [y] vino sí avía. Yo, viendo en esto tan poco remedio, salíme desesperado. Y mirando a todas partes, vide en un montezillo que estava a la parte siniestra de la venta **un cuervo muy grande**, y

alleguéme a él y tomélo en la mano. El qual [era] bien gordo y avía poco que le avían dado una saetada. Yo lo rebolví muchas vezes, diziendo entre mí: "Ave de pluma es. Carne come. No me puede hazer mal." Pelélo, cortéle la cabeça y los pies y las alas [fol. 27 v. b]. El estava assí bien blanco y tal, que **no parescia sino un pato montés**. Yo tomé más gana de comello, y fueme con él a la ventera, y enseñélelo, diziendo que me lo avían dado. Dándome un asador, póngolo en él; començélo a assar. Él, como se escalentava y se tostava, començava a pararse hueco. Yo avia mucho plazer, pensando que devía ser buen ave. En este tiempo allegaron a la venta dos mercaderes en sendas mulas con sus moços. Los quales, aviendo preguntado a la ventera si avía aparejado algo para cenar, ella respondióles lo que avía dicho a mí. De lo qual se entristecieron algo, pero volviendo la cabeça a mí, como me vieron assar aquella grande ave, díxole el uno al otro: "Bien comeríamos de aquel pato pagándolo." Y diziendo esto, vanse a mí y preguntáronme que cuántos avían de comer aquel pato que tan hermoso a su parecer pareció, pensando de amatar su hambre con aquella dura ave. Lo qual se les aparejava mal, porque por lo menos avía más de trezientos años, porque, según muchos dizen, biven este tiempo y mucho más. "Señores -dixe yo-, a mí me lo dieron, pero yo sirvo con él a vuestras honrradas personas." "Sea en ora buena", dixerón los mercaderes. Y luego me ayudaron a acabarlo de assar. Los mercaderes estavan muy alegres de ver la buena cena. En tanto pensaron bien sus mulas. Assada, pues, aquella ave, pusímosla en la mesa; puesta en su plato, hezimosle lo que avía menester encima. Començamos a cortar todos y a comer del, donde se repartió entre todos. Pero hincar los dientes en él era como en un corcho, porque ¡mirá qué tan tierno podía estar un cuervo, porque de más de viejo que de moço pecava! Desque yo vi de la poca substancia que de aquella dura ave sacava, tomo una piedra y comienço a majar essa parte que me cabía con la hambre, y assí hizieron todos [fol. 28 a] viendo el buen ensayo. Assí hezimos hasta que se acabó el cuervo en nombre de pato montés, y la dureza atribuyán a ser muy viejo. Desque uvimos cenado, **los mercaderes me querían pagar la ave, pero yo no quise tomar dinero**.

Assí dormí allí aquella noche y, en la mañana, comienço mi camino, donde gasté todo el día. Ya en la tarde llegué a unas caserías, do no avía sino tres o quatro vezinos; y antes que a ellas llegasse, hallé un mancebo que estava cortando leña, al qual pregunté si avía en aquel lugar buenas posadas y de comer. El me respondió que, como no era camino passagero, no avía allí, pero que me fuesse con él, y que donde descargasse aquella leña entrasse dentro y alabasse más a la huéspedada que al marido. Yo luego sentí lo que era y determiné de hazello assí.

[4].Fueme con el leñador. Llegamos a la casa que dezía y descargó el moço la leña. Yo ayudéle. Donde salió **la muger**, la qual era una mujer alta de cuerpo, delgada, los ojos encendidos, la nariz hendida, la lengua muy ligera en el hablar. Yo, como la vide, díxele assí: "Señora honrrada muy piadosa, Dios te salve. Heme perdido por este monte, y este mancebo me ha dicho cuánta era tu caridad. Sola esta noche demando aquí posada." La muger, comovida de piedad, díxome luego: "Entrá, hermano, en buen ora y sentaos allí a aquella candela." Entonces, dándole yo las gracias, entré y sentéme al fuego, adonde estava sentado un hombre y saludéle, pero él no a mí. El qual, según parecía, era su marido, y aun demostró que no le plazía de mi venida. En tanto, se puso la mesa y sentámonos todos tres a cenar. El marido, como vido mucha gente y poca cena y que se le avía de desminuyr la vianda, comiença a dezir: "¡Nunca nos falta huéspedes en nuestra casa, y mi muger, por que se pierda mi hazienda con su

piedad, a todos recibe!" No uvo acabado de [fol. 28 b] dezir esto aquel villano, quando la muger, que muy brava lo estava mirando cómo assí hablava, alça la mano y dale un gran golpe en la cara, diziendo: "¿No os he dicho que calléys quando aquí estuviere algún hombre de defuera?" El marido, de puro enojo, apártase a un cabo de la mesa a llorar. Ella mirávalo con ojos ayrados para tornarle a dar. Yo le dixé: "Tené paciencia, hombre honrrado, que aun media vida tenéys que os dexan llorar, que en mi casa, si lloro, luego me tornan a dar." "Esso estoy por hazer en este villano -dixo la muger-, que a cada golpe que le dó luego tiene las lágrimas aparejadas." Yo, en tanto, los apazigüé, consolándolo, y después de cenar fueme a reposar.

Otro día de mañana levantéme para yr mi camino, y ella diome muy bien de yantar, dándole las gracias y partíme para **Roma**. Andando por mi camino, allegué a Heras, adonde supe como en aquella tierra avía poco pan, porque aquel año avía sido stéril; por lo qual yo no hallava pan por mis dineros, y, si lo hallara, no bastava a comprarlo.

[5]. Andando assí por un lugar solitario de Heras con los ojos muy agudos, muy encendidos, mirando a qualquier parte, vide venir **un ciego** alto de cuerpo, con una esclavina y un muy rezio y her[r]ado bordón en que se sostenía; en la cabeça traía un sombrero de hietro, lleno de muchas imágenes de plomo; y bien proveído con una talega de gallofas al hombro. Yo, como lo vide assí cargado, quísele dezir que me vendiesse algo, mas tomé otro mejor remedio: que me parecía que era mejor seguillo a ver do se descargava. Fueme tras él. Yendo assí, llegó a un lugar muy solitario apartado de gente, en el campo, algo lexos de la villa, y sentóse entre unos paredones o tapias de casa caídas. Yo púseme de tras de la pared derribada, deteniendo el resuello y mirando lo que haría. El, luego assí co[fol. 28 v. a]mo tentó el lugar a la redonda con las manos y rodeando el palo por sentir si alguno estava, ya que todo lo cató, dexa el herrado bordón y toma su talega, y vaziala en la halda, y comiença a tentar los pedaços del pan. Adonde començando de los grandes, los torna a echar en la talega, contándolos y apreciándolos, haziendo en su pensamiento muy grande caudal y suma de dineros. En esto passó bien media hora. Yo, maldiziendo la tardança. Quisiera yo los pedaços del pan que dava [a] aquella avara talega diera a mi hambrienta garganta. En fin, que desseando de tener la talega en poder, tal era mi voluntad, que de las manos se la quisiera quitar, si no viera que la cerrava con el cordel y se levantava, arrimándose a la pared. Entonces me levanté y púseme a sus espaldas, dando muchas gracias a sus ojos que tan bien me encubrían. El ciego entonces alça la grande y muy pesada talega en alto para echársela al hombro; yo, que la vi soltar, alargué el braço por detrás y cogíla muy prestamente, echándome en el suelo, cubriéndome con aquel tan viejo paredón. Desque él se sintió liviano y sin talega, abáxase reziamente al suelo y, tomando su bordón, comiença a iugar dél, dando saltos y rodeando todo aquello. Yo, levantándome muy passo, cubríme bien y començé a huyr, dexándolo pelear con las muy viejas tapias, dando bozes y llamando a los caminantes. Pero el lugar que él escogió fue tan solo, que nadie le pudo oír, con lo qual, sosegando el passo me fue, començando a comer y vender de lo que el pobre ciego avía mendigado de puerta en puerta.

De allí tomé mi camino para **Pisa**, que oy dezir que se hazía una guerra allí. Y aviendo llegado, fueme a un mesón, y como era de mañana y aún no avía salido el sol, estava cerrada la puerta. [Larga disertación sobre mesones en Francia y Alemania]

[...] Diziendo esto aquel mancebo, oimos abrir la puerta del mesón y entramos dentro; a donde comimos a nuestro plazer. Y de allí quise andar por Pisa algunos días. A donde

estuve dos días; y el primero supe como en aquella ciudad avía bien en qué estender la mano, y aparejo para holgar.

[6].Determiné luego de buscar en qué entendiessse, y para más aparejo, fueme a una casa donde davan de comer muy espléndidamente. A donde entré y sentéme a una mesa solo, con propósito de gastar esso poco de dinero que traía, para dar lugar a la nueva que [fol. 30 b] avía de venir. Luego que me senté, pusiéronme unas perdizes; yo estándolas comiendo, entran **dos gentiles mancebos** y, con gran cortesía, se allegaron a mi tabla. Y el uno dellos saca un cuchillo muy hermoso y dízeme: "Señor, sirvasse dél para cortar essas perdizes." Yo diles las gracias por ello y roguéles que se assentassen a comer. Ellos dixeron: "Mas antes comamos a escote." "Sea en hora buena", dixé yo. Luego la huéspededa saca un par de gallinas assadas, a las quales con grande crueldad despedaçamos y prestamente acabamos. Y sobre esto fueron traídas otras muchas cosas que no me acuerdo. Ya que todos estávamos satisfechos, yo pregunté al huésped cuánto era lo que se devía. Dixo él que medio florín. Yo saqué mi parte y púsela en la mesa. Entonces dixo el uno de mis compañeros: "No conviene, señor, que se haga assi, que aquí a los que son estrangeros de otra manera tratamos. Si es menester, un ciudadano de balde lo mantiene quanto está en la tierra. Por esso, señor, torná a tomar vuestros dineros, que no es cosa que buena parezca esso." Yo, viendo aquello, dixé entre mí: "Por cierto, si assí es, bien venido sea aquí", teniendo por buenos compañeros a aquellos que se me avían juntado. Donde dixo el uno: "Dígoos que en la plaça están las más hermosas serbas y mançanas que en mi vida vide." Luego dixo el otro: "Pues que tanta gana las tenéys, yo las quiero traer." Y diziendo esto, levántasse y despídese de nosotros y vasse, que más no lo vi. Ya que avía passado gran rato, dixo aquel que se avía quedado, con boz turbada: "Algo le deve aver acontecido a mi compañero, porque yo tengo dél que es un reboltoso. Quiera Dios no le aya acaecido algo o no aya encontrado con Gaspar Fradoit, que le ha mal afrentado. Quiero dezirle que se buelva, no cuesten caro las servas. Y, señor, esperadme aquí, que luego vengo." El qual diziendo esto, a gran priessa [fol. 30 v. a] se sale de la casa como el otro, donde quedé aguardándolos más de dos horas. Y salió el huésped y dixo: "Señor, pagáme la comida." Entonces dixé yo: "Esperá. Vernán los otros." "No vernán ni los veréys", dixo él. "¿Cómo assí?", respondí yo. "Mal conocéys aquellos hombres -dixo el huésped-: son unos burladores; y si yo os lo dixera, no dudarían matarme después, y por esso no os lo quise dezir." Yo, oyendo aquello, sintiendo ser burlado y que avía caído en el engaño que yo pensava hazer, determiné luego de poner remedio a aquel daño, y díxele: "¿Engañadores son?" "Sí", dixo él. "Pues dexámelos -respondí yo-, que ellos pagarán más de lo que pensavan." "¿Qué podéys vos hazer?", dixo aquel hombre. "¿Qué más -dixé yo que hazerlos venir con mi arte, assí a ellos como a todos los de su manera?" Oyendo esto el huésped, dixo: "¿Y cómo podréys fezer esso? ¿Con qué arte?" Entonces yo le dixé: "Con **nigromancia**. Y si queréys que luego sea, henchidme dos odres: una de vino blanco muy bueno, y otro de tinto. Veréys la experiencia." El huésped, oyendo esto, con gran presteza me llena et hinche los cueros, ayudándole yo; truxímoslos al patio de la casa et hízelo poner en medio con sus dos cueros; y voy a la candela, tomo una ascua della y diziendo entre dientes algunas palabras por dar más apariencia de verdad, apaguéla et hize un círculo con los carateres que a la memoria me venían. Lo qual acabado, como cosa de cerimonia, torné a echar el carbón en la candela. Y aviendo andado primero a la redonda del círculo, metíme dentro, y alleguéme al huésped

diziéndole: "Mirad, señor; ninguna persona desta casa parezca por aquí, porque como estén fuera del círculo, passarán ditrimiento con la venida de los demonios que nos han de traer a los burladores que dezís." El hombre de bien, espantado con mis razones y temeroso, mandó yr de allí a toda la gente. "Pues abran la puerta -dixe yo-, porque entren por donde [fol. 30 v. b] salieron." Lo qual luego fue hecho. Estando en esto, desato el un cuero y, poniéndome el cordel en mi cinta, dóselo que lo tenga muy apretado. Luego tomé el otro y, sopesándolo, fízele lo mismo y díselo en la otra mano. Ya que lo vide de tal manera, que no se podía soltar, dixele: "Por cosas que veáys, no os espantéys, veréyslos venir bramando por el ayre, unos atados de otros con cadenas de fuego, pidiéndonos perdón a mí y a vos. ¡Y, por vida vuestra, que no los perdonéys fasta que vaya a los alcaldes de Pisa que vean la maravilla!" A todas estas palabras estava el huésped atento. Luego le dixele: "¿Dezísme que aquéllos eran ladrones?" "Sí", dixo él. "¿Pues qué os devo?" "Medio florin", respondió el buen hombre. "Esperá, verrán", dixele yo; y luego me salí por la puerta con las cuerdas de los odres en el cinto, dando bozes el huésped que lo socorriessen, no se le derramasen los odres, llamándome que le diesse las cuerds. Yo ya avía salido, y, sin más parar, con los dineros que tenía, me salí de Pisa, porque otra vez no fuesse engañado, y en presto me alargué della dos leguas, riéndome de mi huésped.

*Desto rieron mucho Baldo y Leonardo. Entonces Cingar dixo que era tiempo que cenasen, pues que ya el sol se yva y descubría la noche las estrellas resplandecientes. Esto agradó mucho a todos et hizieronlo assí, maravillándose de las cosas que a Cingar avían acontecido.*

## CAPITULO XX.- CÓMO VENIDA LA MAÑANA CONT Ó CINGAR LO QUE EN AQUEL CAMINO MÁS LE ACONTESCIÓ, ASSÍ SOLO COMO ACOMPAÑADO.

*Después que la noche tenebrosa avía acavado su curso, venido el sol, bueltos todos los humanos a sus primeros cuydados que con el reposo noturo avia sossegado; levantados ya los marineros, mercaderes y conpañeros de Baldo, buelve Cingar a su comenzado propósito. Metido entre aquella gente [fol. 31 a], dize assí:*

Andando yo por mis jornadas, nobles señores, camino de **Milán**, con voluntad de ver cosas nuevas, y más ver las cosas desta ciudad, que son maravillosas, assí en hazer arneses y armas como en otras insignes cosas que allí ay. No muy lexos della, entré en una venta, donde fue albergado bien. Ya en la noche, diéronme una buena cama en una cámara junto a otra donde se entraron a dormir **dos mancebos**, los vestidos rotos y malparados. Ya que era la media noche, oý hablar en su cámara. [anécdota de un ladrón que escucha Cingar]

[...] Mirando aquellos mancebos, torné a tomar mi camino hazia Milán. Y assí andando con falta de dineros y la ropa gastada, los çapatos rotos, todo polvoroso, ya que era medio día, fue a una casería que era de un grande cavallero de Milán, adonde estavan unos hermosos vergeles, y aquel día tenía el señor de aquella casería allí seys cavalleros. Adonde fue recebido muy bien por los moços de espuelas, que me conocían en Pisa. Yo también ayudé a traer los manjares a la mesa. Después de aver todos comido y alçadas las mesas, comiençan a hablar en diversas cosas. Yo estava a un rincón de la sala sentado.

[2 Anécdotas de Enrique III de Francia, como sobremesa]

En estas palabras passaron aquel día los cavalleros. Donde dormí aquella noche, y en la mañana me despedí de los que allí me avían acogido, y a poco rato entré en Milán, donde rescebí gran plazer en verlo. Y luego determiné de buscar calçado nuevo para poder andar.

[7]. Adonde sin más dilación, yendo por una calle muy ancha, veo muchas tiendas y la una de un borzeguero y çapatero. Adonde me paro mirando unos fermosos borzegués, pensando cómo los podría aver, y rebolviéndolos. A lo qual se allegó el maestro, diziendo si los quería. Yo, libremente, dixé que sí. Luego el maestro, con mucha diligencia, méteme en su tienda, busca con mucha diligencia unos buenos borzegués y convenientes a mis piernas y pónemelos. El entonces dixo: "¡O qué hermoso pareceriades con un par de çapatos de suela doblada! ¿Queréyslos?" "Sí, señor -dixé yo-, pues que en otro cabo me los han de dar." Los quales fueron buscados y calçado. Yo luego loava los borzegués, loava los çapatos, gozán[fol. 33 a]dose el maestro con mi contento de su obra, teniendo esperança de venderla bien. Yo sin hazer precio de mi calçado ni hablar más en ello, comiénçole a preguntar muchas cosas de Milán. En fin que travé con él grande amistad, contándole muchas cosas, y sentéme de reposo en tal manera que estávamos muy amigos. Y hago yr a uno de sus moços por una poca de cervesa, que beviéramos. Y mientras que el moço yva, comiénçole a preguntar ahincadamente al maestro: "Dezídme, señor: ¿por ventura nunca os acaesció que alguno assí que uviéssedes calçado como yo que se uviessé ydo sin pagar?" El maestro dixo: "Nunca." "Pues si os aconteciesse, ¿qué haríades?" "Yría corriendo tras él", dixo el maestro. "¡Pues experimentarlo en mí", dixé yo. Y con estas palabras salgo a gran priessa corriendo de la tienda, por donde vide yr al moço que avía llevado el dinero para la cervesa. El çapatero, viendo esto, corre tras mí dando bozes y diziendo: "¡Tened al ladrón!" A estas palabras alborotósse toda la calle, y comiençan a salir de sus casas y a quererme impedir. Yo, con rostro sosegado y riendo, dezíales: "Nadie, señores, estorve nuestra corrida, que avemos puesto una copa de cervesa." Luego oýdo esto, páranse todos mirando cómo corriámos, riéndose del çapatero y diziéndole: "¡No os valen vuestras bozes, que ya os ha ganado!" Yo paréme, y el çapatero, cansado, dize: "¡O, señores, que me ha robado esse calçado!" En esto venia el moço con la cervesa ya cerca de nosotros; donde allegándome aquella gente, díxele: "Señores: mirad si mentía, que he aquí el moço os puede dezir como le embié por essa cervesa. Y porque éste desonrra los honrrados, sea castigado. Delante el magistrado de Milán lo llamo a que me prueve como le robé los borzeg[u]és que yo traía calçados y çapatos." Diziendo esto, voyme delante el juez, y el çapatero [fol. 33 b]; tras dél mucha gente. Donde le mandaron que prueve que yo le robé aquel calçado, sostuviéndose a la ley remia, que es la del Talión, que dize assi: *Si alguno acusare a otro de crimen que no lo pueda provar, pague la misrma pena que el otro merecía*. Entonces el pobre hombre, no pudiendo provar como yo avía tomado aquello contra su voluntad, y pidiendo yo como él me devía restituyr a mi primera honrra, fue condenado a ser puesto en la cárcel, o si no, que luego pagasse la pena. Allí me rogaron muchos que lo perdonase y que me daría dos florines. Yo, aunque de mala gana, lo uve de aceptar; tomando mis dineros, me partí de los juezes, quedando el hombre sin el calçado y sin dineros, turbado y confuso.

Donde algunos días me passé por la cibdad de Milán. Andando una vez por la yglesia, sentéme en un escaño y otros dos mancebos par de mí, y passó a caso un abad. El qual

como vido uno de aquellos que allí estavan, comiënçase a reir y dezir a su compañero y a mí: [Anécdota sobre una burla de un clérigo]

[...] Yo, bien libre de tal acontecimiento, como aquel que ningún dinero avía tenido de dos días a aquella parte sino aquellos que del çapatero uve, mirava también a todas partes de qué me pudiesse proveer.

[8]. Y veo a un **clérigo alto** de cuerpo y grueso, el qual traía la loba atada y en el cinto una grande escarcela muy llena de dineros, que yo se los avía visto dar de una renta que tenía. Yo, aviendo hallado muy buena presa, poco a poco passeándome, allegome a él y con mucha cortesía lo saludo y él a mí. Començamos a travar pláticas. Díxele: "Por cierto, señor, bien me dezían que esta cibdad es cosa grande. Nunca la avía visto sino agora. Grande es la multitud de gente que en ella ay; grande variedad de gentes y grande riqueza de mercaderías." En estas palabras pensó el clérigo que era extranjero; comiënçame a dezir: "Pues poco es esto para quando aquí se hazen fiestas reales. Do veréys tanta confusión de gente de tanta hermosura de vestidos que os espantaríades." Yo, maravillándome de aquello y él diziendo, llévame por todo el mercado, mostrándome muchas cosas, preguntán[dome si sabía de la guerra que se levantava en Ytalia. Yo dixé que sí y que un soldado que avía venido a mi tierra avia dicho como dos grandes señores de Ytalia, sobre ciertas tierras, avían juntado mucha gente y avían dado batalla muy reñida de ambas partes, y que avia mucha gente, y que el emperador de Alemaña se metía en medio dellos. En estas cosas que dezía al clérigo, holgávase mucho, y díxome al fin de todas cosas de dónde era: "Señor, de Lasta soy", dixé yo. "Pues ¿a qué venís? - respondió el clérigo-. ¿Avéys menester quien os ayude en algo?" Yo le di las gracias por ello: "Sola una cosa me encomendaron: que sabiendo el cura de Lasta como venía a Milán, diome dineros para que le comprasse una alva y otros vestimentos. Y quería rogar a vuestra merced que me ayudasse a comprarlas, porque bien sabrá cuáles son buenos y provarásselos, porque es de la estatura de vuestra merced." El bueno del clérigo, que vio que con tanta hemencia le rogava una cosa tan poca, vense [sic] comigo a casa del broslador, donde allegados hizo sacar unas alvas y todo lo que se requería. Y toma una de aquellas alvas y púsosela bien, atándosela bien, y díxome si estava buena. Yo la andava mirando a todas partes y dixé: "Señor, esta alva está más alta de un cabo que de otro." Allí dixo el broslador: "Hermano, esso no cae en mi ropa, sino en la bolsa que está debaxo, que haze estorvo." El clérigo dixo: "Esperá." Y luego se la quitó con el cinto y diómela que la tuviesse mientras que se vestía la casulla. No uvo abaxado la cabeça para vestírsela, quando yo tomo las puertas con la bolsa en la mano por una calle que yva derecho de la puerta de la cibdad. El clérigo, que no avía acabado de ponerse la casulla, me vido huyr; assí revestido como estava a gran priessa corre tras de mí. El broslador sale también tras él corriendo, no se le rompiessen los vestimentos [fol. 34 b]. Todos íbamos corriendo: el clérigo yva diziendo: "¡Tened al ladrón, que me lleva la bolsa!"; el broslador dezía: "¡Tenedos, padre, no me rompáis las ropas!"; yo dava grandes bozes a la gente diziendo: "¡O, señores, tened a esse pobre clérigo, que se ha tornado loco y viene tras de mí para matarme!"

Allí viérades salir la gente y detener al clérigo, el qual hazía tales cosas que parecía verdaderamente loco. Yo, metido por entre la gente, salíme al campo y, en secreto, abrí la bolsa y halléla con cien monedas de plata y veynte de oro. Donde viéndome tan rico fueme a **Allorno**, do merqué un cavallo y gasté a mi voluntad. Donde posava en un mesón de aquella cibdad y servíanme a mi plazer.

[9]. Ya que los dineros se yvan acabando, quise hazer cuenta con la **huéspededa**, y ella, sintiendo que me quería yr, cargó bien la mano. Yo estaba desto muy enojado, que no sabía cómo me vengar della. Paguéle y salgo en mi cavallo a la plaça, do hallé dos peones que estaban para servir a albañies con sus açadones y espuertas; y concertéme con ellos y llevélos al mesón, metiéndolos en el establo sin que nos viessen, y díxeles: "Hermanos, yo voy fuera una milla de aquí. A hora de comer bolveré; en tanto, desbaratáme estas pesebreras de la una parte y de la otra, porque están hechas a lo antiguo. Desque vuelva os pagaré, o mi muger, y aunque alguien os pregunte por qué hazéys esso, no les respondáys cosa, que, si plaze a Dios, este verano tengo de derribar toda esta posada. Quedaos a Dios." Ellos quedaron derribando las pesebreras y yo salíme del mesón, y en una venta una milla de allí, pedí un papahígo, y dexando allí el cavallo, buélvome a la cibdad para ver lo que avía en el mesón. A caso hallé a la puerta los dos pobres riñendo con el señor de la posada, diziendo que no avían sabido que él era el señor. "¡O, mala ventura ayáys! –dezía el mesonero-. ¡Ago[fol. 34 v. a]ra que me avéys derribado una ladera del pesebre, dezís que no sabiades quién era!"

En esta quistión los dexé, yéndome bien vengado de la señora huéspededa, quedando con trabajo de tornar a hazer las pesebreras y los peones no pagados.

Yo cavalgué en mi cavallo y me fue por mis jornadas, y allegué a **Revena**, donde **me puse por hombre de armas** con Bernardo María, que tenia guerra con los pueblos comarcanos; do ganava mi sueldo. Allí me passaron muchas cosas que dexo de contar. En fin, que un día, dada batalla, fuemos vencidos por falta de los capitanes. Donde perdí mi cavallo y armas, y juntándome con otros dos soldados viejos, bien destroçados, salimos de la batalla, que también fueron desbaratados, y juntamos compañía todos tres, quasi de una condición y de un cuerpo, de un mesmo ánimo. Y lo más era que tantos dineros tenía el uno como el otro.

Con los quales me torné a **Milán**, como a cibdad llena y bastecida de todas cosas para buscar la vida por el oficio primero.

[10]. Donde una vez, passeándonos por Milán, vimos **un villano** venir hazia nosotros por la calle, cavallero en un asno, con dos cabritos en la mano. Entonces dixo uno dellos, dicho Mossén Ferrer: "Por cierto que me comiera uno de aquellos cabritos, si moneda tuviera." "¿Qué es menester esso -dixe yo-, sino tomárselos?" "No, que se quejará", dixerón los otros. "Para esso -respondí yo-buen remedio ay." "Pues si vos esso hazéys -dixo Ferrer-, yo le tomaré el asno." "Pues yo le tomaré los vestidos que trae encima", dixo el otro, que se llamava Bernardino de Candía. Y luego nos vamos todos a él en buen ora. E yo adelantéme y dixe al aldeano cuánto quería por los cabritos. El me dixo que quatro julios. Yo luego le dixe: "Pues veníos a mi posada y daréoslos." El me siguió, y mis compañeros tras él. Donde entré en una casa que tenía una [fol. 34 v. b] puerta falsa que salía a otra calle y davan allí de comer. Do tomé los cabritos y díxele que me esperasse y salíme por la otra puerta. En esto, según después supe de mis compañeros, como el villano vio que no salía con los dineros, dio dos golpes a la puerta y salió la huéspededa. Donde el villano le dixo: "Señora, dezí a vuestro marido que me pague el dinero de los cabritos." La muger, que nada desto sabía y me avía visto salir con ellos, dixo: "¡O, amarga de mí! Esse hombre por la otra puerta se salió." Oyendo esto el villano, da un gran salto de su asno y con gran furia se entra por la casa, y mirando a unas partes y a otras, se sale por la otra puerta, preguntando a los vezinos de la otra calle por un hombre que llevaba dos cabritos. En tanto, tuvo lugar Mossén Ferrer de llevar el

asno ante cogido a do teníamos la posada, donde me halló. En tanto, Bernardino de Candía se quedó para acabar lo prometido. El aldeano, no aviendo hallado quien le dixesse de aquel por quien preguntava, lo uno porque no me avían visto, lo otro porque a tal género de hombres luego les silvan los ciudadanos. Pero como los no hallasse, tornó a entrar por la casa por no perder su asno; pero ya estaba puesto a recaudo. Donde, como no lo halló, corre calle arriba, calle abaxo, preguntando por él, que ya nada se le dava de los cabritos. Assi anduvo toda la ciudad, que nadie le dio señas dél. Y siempre andava Bernardino de Candía tras él, hasta donde en una plaça de aquella ciudad se paró el aldeano, su vara en la mano, sudando y muy cansado. A donde se le allegó Bernardino y díxole: "Hombre, heos visto correr y andar por la ciudad y no sé de qué. Dezímelo." Entonces el aldeano se lo contó, con muchos solloços, y que lo que más le aquexava era la hambre. Y començó a llorar. Entonces mi compañero le dixo: "Yo he gran manzilla de vos. Veníos [fol. 35 a] conmigo a mi casa y comeremos y dormiréys. En la mañana os lo ayudaré a buscar, que de los cabritos no hagáys cuenta." El aldeano, que vido que era noche y la piedad de mi compañero, fue con él a una posada do solía comer Bernardino, do cenaron; y échanse a dormir en una cámara. El buen aldeano no durmió toda la media noche con aquella congoxa que a los que algo han perdido atribula. En fin, vencido del sueño, comiença a dormir muy fieramente. Bernardino despertó antes que amaneciesse, vistiendo se puso debaxo el manto las ropas del aldeano, y pagando a la huéspededa, se fue donde nosotros estávamos. En esto, según después lo supimos, salta el aldeano de la cama a medio día, y como no vio sus vestidos, toma su vara y, en camisón, se sale adonde estava la huéspededa, y preguntale de su compañero. Ella dixo que ya avía mucho que se avía ydo. El aldeano, que aquello oyó, quedóse atónito. Donde veríades las vascas y lástimas que hazía. Sálesse assí como loco por la cibdad, bolviendo los ojos a una parte y a otra. Donde en allegándose alguno para preguntarle cómo andava assí, dava él un salto hazia tras, diziendo: "¡Guarda allá, no me hurtes!" Do nosotros lo fuemos a ver, donde quedó en refrán lo que él dezía.

Nosotros comimos los cabritos y vendimos lo otro, pero más presto se acabó aquel dinero mal llegado. Partimos de allí bien destroçados y fuemos hazia **Florençia**, donde pensamos mejor remediarnos. Andando por los arrabales de Florençia, vimos en el campo tres ossos muertos y una leona, los quales supimos que eran de un cavallero que era muy aficionado a criar estas bestias.

[11]. Donde pensando yo una cosa, les dixee: "Aquí quiero, señores, ordenar una osadía, y será ésta según nos lo manda la necesidad: que dessollemos esta leona y dentro de su cueró se meta el señor Mossén Ferrer, que es pequeño de cuerpo y muy delgado, y meterémoslo en una jaula de unos maderos anchos que tengo en mi casa, que era del dueño de la casa, que era çaça[fol. 35 b]dor. Haremos una carta de un amigo deste cavallero como le embía esta leona. Donde vos, assí vestido y metido de noche haciendo aquellos meneos que conviene, con tal que no habléys, no podrá ser sino que nos dé algo aqueste cavallero; y en la misma noche, porque de día conoscerían quién soys, nos abriréys la puerta y robarémosle la casa." Oýda mi plática, todos la acetaron. Donde secretamente desollamos la leona, que era de las cosas más espantables que yo vide: las manos y pies eran tan anchos como de hombre. Donde llevado a casa se lo pusimos a Mossén Ferrer, puesto bien concertado, que propio le vino bien cosido. Metímoslo en la jaula antigua muy espessa, y luego a la tarde fue como de camino a casa de aquel cavallero, al qual di la carta bien notada. De lo qual tomó

él mucho plazer, y, a la noche, fue traída la jaula con la leona y fue puesta en unos portales par de la puerta de la calle, y mandó traer una antorcha, y por entre las tablas de la jaula mira la leona y parescióle muy grande. Donde dixo: "Por cierto que es hermosa y aun parece a una que se nos murió." Ella se avía tan bien, que natural leona parecía; de lo qual avía mucho plazer el cavallero; mandónos dar de cenar. Donde ascuras comía la leona como podía. Luego escribió el cavallero al otro una carta y mandónos dar cada media dozena de florines, y con ellos una muy hermosa espada para un fijo de aquel su amigo. Donde muy alegres nos partimos, diziendo que no abriessse la jaula tan presto. Donde pasó el triste aquella noche hasta que vino la ora que teníamos señalada. Entre las doze y la una, quando todos dormían, nosotros, que no teníamos pensamiento sino de robar aquella casa, haziéndola pobre para quedar ricos, fuemos a aquella ora y hezimos la señal concertada porque nos oyesse Mossén Ferrer. El, según después oýmos y según parece, desde lo oyó y sintió que todo estava pacífico, salió de la jaula y comiença a buscar la puerta para abrirla, do fue sentido de un mancebo que yva a cumplir [fol. 35 v. a] con la naturaleza. El qual, como vido la leona suelta, da la buelta huyendo, dando grandes bozes; a las quales recuerdan los de casa, tomando lanças y espadas. También recuerda el cavallero; pregunta qué es aquello; oyendo la grita, súpolo y dixo: "¡Passo, moços! Nadie hiera a la leona, porque soltaremos los sabuessos y tomaránla presto como es de noche." Ya la fingida leona avía allegado hazia la puerta de la calle y, errando la puerta, éntrase por una grande puerta de un palacio do estaban muchos moços durmiendo. Los quales, como recordaron y vieron entrar a la fiera leona, assí soñolientos se levantan con el temor de la muerte, dando temerosos gritos. Donde unos se echavan los colchones encima, otros se metían debaxo las altas arcas. Adonde nuestro compañero, viéndose perdido, da la buelta y, topando con la puerta, ábrela y sale a la calle, dándose a correr la calle abaxo porque no fuesse sentido. Pero no se pudo librar, que ya estava señalada su muerte. No avía salido de las puertas de la casa, quando allá dentro sueltan quantos perros avía. Allí veríades salir desmesurados alanes, grandes sabuesos, perros de rast[r]o, lebreles yrlandeses y aun ligeros galgos. Los quales, yendo en alcance de la mentirosa leona, alléganse a ella, pero no con osadía. En su seguida salió mucha gente de casa del cavallero armada. ¿Qué pensáys que haría allí Mossén Ferrer? Yo pienso que estaría en dubda: si dicesse bozes, dicesse quién era; si callasse. De aquí se le seguía infamia; de allí, la cruel muerte. Pero antes quiso callar. Estando assí, allegándose a él aquellos ladradores perros y arremetiendo dos excelentes lebreles a ella, el uno le asió de las espaldas, el otro de los yjares. No dexa de correr nuestro compañero, pero luego fue detenido de todos aquellos perros, los quales le meten por aquel humano cuerpo sus agudos clientes. Ya faltava lugar para donde hiriessen; el cuero le deshazían, no solamente [fol. 35 v. b] el de la leona, pero también el suyo. No hazía otra cosa sino bramar. Tanto quería a su honrra. Agora parece que aquí lo veo. Adonde la gente, desde vio que no la podían tomar biva y que tan mal tratada estava de los perros, comiénçanla a lancear, donde dio fin a sus días nuestro compañero como si fuera leona.

Nosotros fuémonos espantados de su ánimo, con el qual devia callar el Mucio Cévola y el de otros romanos que a los suyos aficionadamente levantaron en alto. Por cierto no se puede dezir cosa más grande para ser nombrado nuestro compañero que bivió como león, hizo hechos de león y al fin murió en aquel ábito que su ánimo demostró. Assí

murió Hércules. No sé qué palabras diga, señores, para demostraros su esfuerzo romano en la vida, su varonil ánimo en el morir.

En fin, nosotros estuvimos en Florencia algunos días y travóse una quistión entre nos y dos soldados. Allí mataron a mi compañero y de allí **escapé con dos heridas**. Assí me convino estar allí hasta que sanasse, y de aý determiné buscar mejor mi vida. Andando por muchas, partes, **topé con Falcheto, aquel que bien conocéys, el mayor amigo que tengo después del señor Baldo**. Donde nos juntamos en Cipada.

Esta a sido mi vida y lo que más notable entre todas mis cosas pude escoger.

Alberto Blecua

*Libros de Caballerías, latín macarrónico y Novela Picaresca: La adaptación castellana del «Baldus»* (Sevilla, 1542)